



PROSIGUE LA HISTORIA DEL HIJO del Cortante de la Ciudad de Cadiz.

SEGUNDA PARTE.

YA dixe como salió
aquel Mercader de fama,
de las Indias à un viage,
y en salud bolvió à su Patria.
A recibirle salieron
antes que desembarcàra
los deudos, y los amigos,
y su esposa muy amada,
los quales le correjaron,
y luego les preguntàra
el Mercader por su hijo
Pepe, que así se llamaba,
diciendola: Esposa mia,
dime, qué ha sido la causa,
que no salió à recibirme?
Y ella dixo estas palabras:
Has de saber, dulce esposo,
que al hijo de mis entrañas
le dió Pepe un bofetón
por la lección; y enojada,
le dixe, que era un bastardo,
que se fuera de mi casa,
y desde entonces acá
no hay quien le vea la cara;

y el Mercader muy humilde,
oyendo aquesta embaxada,
se fué à su casa, y al punto;
así que por ella entrara,
le echò los brazos al cuello,
diciendo: Pepe del alma,
qué tienes? Qué te ha enojado?
y él la mano le besara,
y le dixo: Padre mio,
me alegro de ver, que en casa
està ya vuestra merced:
mas quisiera, que me hallàra
difunto sobre la tierra,
no porque me falta nada
en vuestra casa, Señor;
mas me dixo una palabra
mi Madre, y essa la tengo
en mi corazon sellada:
y así le suplico, y ruego,
por la Virgen Sacrosanta,
me diga, quién es mi Madre;
porque esta, que me criara,
veo, que no es, ni ha sido,
pues de borde me tratara. Oyen.

Oyendo esto el Mercader,
 un papel escrito saca,
 tambien sacò los pañales,
 que en un cofre los guardaba,
 los mismos, que siendo niño
 dentro Cadiz le empañaban,
 y estas palabras le dixo:
 Aquestas líneas declaran
 de dónde sois, y en qué forma
 haveis venido à mi casa.
 Leyò el papel, y en él vido
 como era hijo de España,
 de la gran Ciudad de Cadiz,
 y la causa que se hallaba
 en las Indias Orientales,
 y así de gozo lloraba,
 y al que tenía por Padre
 de aquesta suerte le hablara:
 Señor, pues vos me criasteis
 como hijo, yo os llamaba
 Padre, mas ya reconozco,
 que no lo sois, y esto basta;
 y así, la licencia os pido
 para partirme à mi Patria
 à buscar mi Padre, ò Madre;
 y la bendición le daba,
 como si fuera hijo suyo,
 y un Navio le entregara
 cargado de mercancía,
 con gente que le guiara.
 Dióle una Cadena de Oro,
 para que de él se acordara,
 sin otras joyas de precio:
 Tambien le entregò una Carta
 para un Mercader de Cadiz;
 y le dixo: Si no hallaba
 Padre, ò Madre, se bolviere
 à las Indias sin tardanza;
 y él le dixo: Padre amado,
 por la Trinidad Sagrada
 suplico, que me perdone;
 y arrodillado à sus plantas,
 besòle la mano, y luego

humilde le diò las gracias.
 Hechos raudales sus ojos,
 de él se despidió, y le abraza,
 diciendo: El Cielo te guarde,
 à Dios *Pepè* de mi alma;
 y antes de salir del Puerto,
 por tres veces le hizo salva,
 y se ha engolfado en el Mar,
 sin peligro, ni borrasca.
 Navegaron viento en popa,
 y un Domingo de mañana
 apenas el claro Apolo
 tendió sus hebras doradas,
 se vieron quatro Navios
 de Moros, que aquellas aguas
 iban buscando los mares,
 cargados de gente armada,
 que iban en corto, y llegaron
 los quatro con gran pujanza,
 y apresaron el Navio:
 Jesús, qué suma desgracia!
 Y el Capitan de los Moros,
 que los quatro gobernaba,
 le dixo: Dime, Christiano,
 dónde iba tu jornada?
 Y el Christiano respondió:
 Para las Costas de España
 era el viage, Señor.
 De quién es riqueza tanta?
 Vuestra, gran Señor, le dixo:
 Y el suceso le contará,
 y porque esteis satisfecho,
 este papel os declara
 lo que digò si es verdad;
 y el Moro, que atento estaba,
 tomó el papel en sus manos,
 sus ojos bueltos en agua,
 y mirando aquellas líneas,
 mil parabienes le daba;
 y abrazándole le dixo
 estas siguientes palabras:
 Yo conocí vuestro Pad e.
 también vuestra madre amada: por

por ti se ve mi persona
 en el triunfo que se halla;
 y así no te descuidado,
 ni tengas temor de nada,
 que yo te acompañaré
 à esta Ciudad nombrada
 Cadiz, en donde nacistes,
 que es justo, que satisfaga
 los favores, que te debo;
 y este entonces le contará
 todo el caso por extenso,
 y tambien le acompañara
 hasta la Ciudad de Cadiz;
 que fuè la mejor hazaña,
 que en los anales del tiempo
 sucedió, ni escrito se halla
 otra hazaña como esta,
 segun la Historia declara;
 y al despedirse los Moros,
 tiernos abrazos se daban.
 Llegò al Puerto muy alegre,
 donde el Navio abordara,
 de paz levantò Vandera,
 y una pieza disparara,
 por la qual los Mercaderes,
 que en la Ciudad habitaban,
 pensando que era Tratante
 de las Indias, que esperaban,
 salieron à recibirle,
 y luego entregò la Carta,
 que traía de las Indias,
 en la qual manifestaba,
 como era hijo suyo,
 que su Padre le embiaba
 con aquella mercancía,
 y todos se cortejaban
 con él; y saltando en tierra,
 à pocos dias que estaba
 en la Ciudad, à un muchacho
 le dixo, que le enseñara
 donde vivia el Cortante;
 y así que supo la casa,
 un cierto dia, passando,

679
 à sus criados mandaba,
 que aquella moneda entrassen,
 y que allí se la dexaran.
 Al punto le obedecieron,
 y su Padre le llamara
 con el Sombrero en la mano,
 sin saber con quién hablaba,
 le dixo: Señor, quisiera,
 que vuestra merced sacara
 el dinero, porque no
 quiero guardar en mi casa
 de nadie moneda alguna,
 sin saber cómo, ni quanta
 me entrega, para que yo,
 quando buelva à entregarla,
 pueda dar satisfaccion;
 y él le dixo la guardara
 en su casa, que mas bien
 la tendria conservada,
 que no su persona mesma;
 Y por allí fuè la entrada
 en la casa de su Padre.
 Yà todos le censuraban
 en Saraos, y Banquetes,
 que en casa el Cortante entraba
 el Mercader de las Indias,
 mas no sabian la causa.
 Temieron, que pretendiera
 el Mercader à una hermana
 suya, y hija del Cortante,
 que era en extremo bizarra.
 Dabanle mil documentos,
 y un dia le convidara
 aquel Mercader, que fuè
 de su fortuna boltaria
 causante, y él aceptò,
 y à la meia se sentara;
 y despues de haver comido
 mil diferentes viandas,
 estas palabras le dixo:
 Mucho me admiro, que haya
 puesto la afición tan firme
 su merced à quien no iguala su

su calidad, con la vuestra
en querer galantearla
esta hija del Cortante,
aunque es de todo agraciada,
Solo porque no se case
con ella, de buena gana
le daré yo por esposa
à mi querida Bernarda,
que quiero mas que à mi vida;
y el suspenso se quedara,
que no esperaba otra cosa,
y esta respuesta le daba:
Por dicho me tendria
de lograr belleza tanta.
El qual, sin mas dilacion,
solo con esta palabra,
se previnieron las Bodas;
y antes que se desposara,
dixole el yerno: Señor,
quisiera, que me otorgara
una petición que pido;
y es, mi Padre, que à la usanza
de las Indias Orientales
las Bodas se celebraran.
Respondió: De qué manera
son las Bodas? Y explicara,
como todos los Vecinos,
que mas cercanos se hallaban
à la casa de la Novia
en el combite se hallaran.
Por no disgustar al Yerno,
vino bien à la demanda;
y antes que se desposassen,
à su hija la señala
cien mil ducados en Dote;
sin muchas joyas, y galas.
Celebraronse las Bodas
con alegría sobrada,
y hallaronse en el Banquete
Padre, Madre, y una Hermana
del Novio, sin saber nadie

lo que su pecho ocultaba;
y acabada la funcion,
el Novio les suplicara
à todos, que le explicassen
una duda, y se miraban
unos à otros; y entonces
el Suego le preguntara:
Qué duda es, hijo mio?
Si hay alguno, que deshaga
cosa, que Dios determina
en su Celestial Alcazar;
y todos le respondieron:
Una vez determinada,
no ay ninguno en este mundo,
aunque sea el mismo Papa,
que la pueda deshacer;
y esta respuesta les daba:
Pues la verdad conocéis,
aquesta es mi Madre amada;
este es mi Padre, y yo soy,
el que mi Suegra intentaba,
que me diessen los Esclavos
fiera la muerte inhumana:
Aquestos son los pañales,
que con ellos me criaban
siendo niño; y estas lineas
os explicaran la causa,
que me veo en este triunfo,
y casado con Bernarda.
Sea para bien, Señores;
y todos à una voz claman;
Vivan los Novios, y hicieron
Toros, Tornèos, y Cañas
de alegría que tuvieron,
dandole infinitas gracias
à Dios, y su Santa Madre,
que todo lo puede, y manda.
Aqui dà fin el Romance,
Señores, si hallaren falta
en explicar esta Historia,
yo procuraré enmendarla.